

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN ITALIA Y LA IDENTIDAD ITALIANA Y EUROPEA

FRANCESCO MARIO AGNOLI: *Guida introduttiva alle insorgenze contro-rivoluzionarie in Italia durante il dominio napoleonico (1796-1815)* (1); MASSIMO VIGLIONE: *La "Vandeia Italiana". Le insorgenze controrivoluzionarie dalle origini al 1814* (2); MASSIMO VIGLIONE: *Le insorgenze. Rivoluzione e controrivoluzione in Italia, 1792-1815* (3); OSCAR SANGUINETTI: *Le insorgenze contro-rivoluzionarie in Lombardia nel primo anno della dominazione napoleonica, 1796* (4); SANDRO PETRUCCI: *Insorgenti marchigiani. Il Trattato di Tolentino e i moti antifrancesi del 1797* (5); FRANCESCO MAURIZIO DI GIOVINE: *1799. Rivoluzione contro Napoli* (6); GIOVANNI RUFFO: *Il cardinale rosso* (7); GIOVANNI RUFFO y DOMENICO DE MAIO: *Il cardinale Fabrizio Ruffo tra psicologia e storia. L'uomo, il politico, il sanfedista* (8); ANGELO RUGGIERO: *La leggenda nera del principe di Canosa. La guerra perduta della controrivoluzione napoletana* (9); VARIOS AUTORES: *Andreas Hofer, eroe della Fede* (10); FRANCESCO MARIO AGNOLI: *Scristianizzare l'Italia. Potere, chiesa e popolo, 1881-1885* (11).

- (1) Mimep-Docete, Milán, 1996, 127 págs. Introducción de MARCO INVERNIZZI.
- (2) Effediceffe, Milán, 1995, 317 págs. Presentación de ROBERTO DE MATEEL.
- (3) Edizioni Ares, Milán, 1999, 236 págs.
- (4) Cristianità, Piacenza, 1996, 218 págs. Prólogo de MARCO TANGHERONI.
- (5) Sico, Macerata, 1996, 261 págs. Prólogo de MARCO TANGHERONI.
- (6) Il Giglio, Nápoles, 1998, 132 págs. Introducción de SILVIO VITALE.
- (7) Calabria Letteraria Editrice, Soveria Mannelli, 1998, 242 págs.
- (8) Rubbetino, Soveria Mannelli, 1999, 118 págs.
- (9) ASEFI-Terziaria, Milán, 1999, 194 págs. Prólogo de Giovanni Cantoni.
- (10) Il Cerchio, Iniziative Editoriali, Rimini, 1998, 167 págs.

Presentación de MARCO ANDREOLLI (págs. 5-8); Introducción de FRANCO CARDINI (págs. 9-13) y las siguientes contribuciones: CLAUDIO FINZI, "Le insorgenze in Italia. Alcune riflessioni storiografiche" (págs. 15-32); EVA KLOTZ, "L'attrattiva di Andreas Hofer per il suo popolo" (págs. 33-42); ADOLFO MORGANTI, "Radici e attualità dell'insorgenza" (págs. 43-55); LORENZO DAL PONTE, "Andreas Hofer e il Trentino" (págs. 57-65); GIULIANO TONINI, "Herz-Jesu Bundeslied auf zum Schwur: genesi di un inno popolare" (págs. 67-72); CRESTOPH HARTUNG VON HARTUNGEN, "Il mito di Andreas Hofer nel XIX e XX secolo" (págs. 73-81); FRANCESCO MARIO AGNOLI, "Andreas Hofer. Eroe cristiano" (págs. 83-90); PETER EGGER, "Andreas Hofer come esponente di un atteggiamento religioso nei confronti di un illuminismo invadente" (págs. 91-112). Con un apéndice final en italiano (págs. 113-136) y en alemán (págs. 137-163) del Comité Nacional para la Conmemoración del Bicentenario de las Insurgencias en Italia (1796-1799), "I popoli contro l'utopia. A 200 anni dalle insorgenze antigiacobine italiane".

- (11) Il Cerchio, Iniziative Editoriali, Rimini, 1996, 229 págs.

La revolución y la contrarrevolución en Italia (12) tienen análogas características a las de Francia o de España, de modo que puede hablarse de ellas en un sentido unívoco cualquiera que fuera el país, la nación o el pueblo en que se produjeron dichos fenómenos; por encima de sus aspectos diferenciales, conceptualmente no cabe distinción alguna. Lo que se proponían unos y otros; la reacción de la contrarrevolución ante la agresión de que fue objeto por la revolución, finalmente plasmada en la violencia y el terror para intentar hacer realidad el cambio operado con anterioridad en el plano del pensamiento; las motivaciones, el modo, la composición social, no permite establecer diferencias entre Italia, Francia o España. Únicamente en cuanto a los éxitos o fracasos, o a la mayor o menor penetración de las ideas revolucionarias en el elemento dirigente cabe establecer distinciones.

Tan contrarrevolucionario era el campesino calabrés que en 1799 combatía a las tropas del general Championnet, como el carretero angevino que en 1794 había luchado contra las tropas del general Turreau y demás "columnas infernales", o como posteriormente lo sería el pastor extremeño que en 1808 combatiría contra "el francés". Y con expresión actual, tan "colaboracionista" fue el jacobino italiano —de cualquiera de sus Estados— como el afrancesado español. Y casi tan reformador el ilustrado italiano como el francés.

En España, en la guerra de 1793 contra la Convención, y, después, en la guerra de Independencia contra Napoleón, se combatió contra los franceses por "impíos y herejes", y no porque fueran extranjeros. Porque el sometimiento a Napoleón no significaba un mero cambio dinástico, sino una colonización cultural y un cambio político que acarrea la pérdida de la especificidad de lo español, como advirtió en 1808 Capmany (13). O como expresó la copla popular, porque "la Virgen del Pilar no quiere

(12) Para una síntesis de la contrarrevolución italiana, cfr. en *Verbo*, FRANCESCO PAPPALARDO, "La contrarrevolución en Italia", núm. 317-318, septiembre-octubre 1993, págs. 761-782.

(13) Cfr. FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA y ESTANISLAO CANTERO NÚÑEZ, *Antonio de Capmany (1742-1813). Pensamiento, obra histórica, política y jurídica*. Fundación Francisco Elías de Tejada, Madrid, 1993, págs. 303-315.

ser francesa". Por eso, en cambio, en 1823 el pueblo español recibió con júbilo a las tropas francesas —tan extranjeras como las de Napoleón—, que en un paseo militar, liberaron al pueblo español del revolucionario trienio liberal.

En Italia la sublevación popular en sus diversos Estados fue por esos mismos motivos que acabamos de indicar para España.

Pero si idénticas fueron las categorías conceptuales tampoco hubo muchas diferencias en la forma de historiar la historia. Y así, la historia de la contrarrevolución en Italia reviste análogas características a las de Francia o España. Y la historia la escribieron los que, finalmente, resultaron vencedores.

En España, hasta bien entrado este siglo, hasta su segunda mitad, la historiografía liberal fue absolutamente predominante y luego abundaron las interpretaciones marxistas. En Francia lo fue la escuela jacobina y republicana, la explicación liberal y posteriormente la vulgata marxista.

En Italia no ocurrió de otro modo. La primera interpretación que se impone es la de los revolucionarios y jacobinos, no contrarrestada suficientemente durante la Restauración, después la liberal del Estado unitario, que, con pocas variaciones, acepta el Estado fascista; y, luego, liberal o marxista, la de la nueva república con su dogmática democrática en la que se integró plenamente el partido de la democracia cristiana (14). La característica general, es negar a la resistencia a la Revolución francesa, a las repúblicas jacobinas y a la invasión napoleónica, la cualidad de un movimiento general y popular, de una sublevación armada no preordenada por autoridad alguna, que en el caso de Italia y España, abarca la totalidad del territorio; un alzamiento armado eminentemente religioso y legitimista. Después, negárselo a la resistencia armada frente a la formación y constitución del Estado unitario en el *Mezzogiorno*. La lucha contra éste —continuator de la revolución— prolonga la historia de la contrarrevolución

(14) Cfr. GIOVANNI CANTONI, "L'Italia tra Rivoluzione e Contro-Rivoluzione", ensayo preliminar en PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA, *Rivoluzione e Contro-Rivoluzione*, Cristianità, 3.ª ed., Piacenza, 1977, págs. 7-50; G. CANTONI, *La dezzione italiana*, Cristianità, Piacenza, 1980, págs. 41-54; DANILO CASTELLANO, "Cuestión católica y cuestión democristiana", *Verbo*, núm. 331-332, enero-febrero 1995, págs. 31-70.

en Italia, en una epopeya admirable, hasta 1870, en que, definitivamente, se pierde la batalla militar y se agota la resistencia armada (15).

El bicentenario del trienio jacobino (1796-1799), al igual que en su momento en Francia el bicentenario de su revolución (16), ha supuesto la ocasión para un intento de revisión a fondo y de bastante calado —aunque me temo que todavía marginal—, con la intención de recuperar la memoria histórica y contribuir, además, a establecer las bases de una auténtica identidad italiana, cuestionada desde la “unificación” —a la que se deben, entre otros, el problema Norte-Sur y el intento de escisión padana, o la incapacidad para resolver las cuestiones de la camorra y la mafia—.

Identidad que no puede tener su fundamento en el “principio” de las nacionalidades —una Nación, un Estado—, el cual ya ha demostrado su doble efecto disolvente. En primer lugar, en la propia Italia al haber creado una unidad artificial ideológica, en contra de la propia identidad nacional italiana. En segundo lugar, en el mundo entero; en Europa, al provocar la disgregación de la composición europea tras la Gran Guerra; en el resto del mundo, tras la Segunda Guerra Mundial, con una descolonización que, el tiempo transcurrido, permite ya juzgar todas sus “ventajas”.

Identidad que no se podrá encontrar más que en la religión católica y en el respeto del orden natural de las cosas, es decir de las libertades concretas, que es donde se encontraba antes del *Risorgimento* (17).

(15) En castellano, cfr. F. PAPPALARDO, “El Brigantaggio en el Sur de Italia (1860-1870)”, *Apartes*, núm. 14, julio-octubre 1990, págs. 50-67.

(16) Cfr. E. CAMERO, “La Revolución francesa: recapitulación historiográfica”, *Apartes*, núm. 12, noviembre 1989-febrero 1990, págs. 20-29.

(17) Cfr. G. CANTONI, “La memoria storica degli italiani in questione”, *Cristianità*, año XXIV, núm. 252-253, abril-mayo 1996, págs. 3-4 y 30. Se trata de una crítica a un discurso del Presidente de la Cámara de Diputados, Luciano Violante, en el que reivindicaba para el parlamento ser custodio de la memoria y de la historia de la nación, y afirmaba que sus grandes acontecimientos eran el Resurgimiento y la Resistencia.

Y digo todavía marginal, porque ese revisionismo, que intenta profundizar en el conocimiento más depurado de la *Insurgencia*, lo que estudia y conmemora es el alzamiento popular y generalizado en toda Italia frente al intento de implantación de una sociedad revolucionaria y anticatólica, foráneo, exportado por la Revolución francesa.

En cambio, cierta conmemoración oficial parece seguir la línea antihistórica, anticatólica y antiitaliana, celebrando, no la gesta de Italia, sino el hecho de la invasión, porque en él se sigue viendo, cuando menos, el preludeo "unificador" del *Risorgimento* (18). Así, la junta municipal de Milán, en mayo de 1996, conmemoró la entrada de Napoleón en Milán, y, el mismo año, algunos senadores italianos presentaron un proyecto de ley para festejar la República Napolitana de 1799.

Tampoco han faltado quienes —impermeables a la realidad y a la historia— y alarmados por esta atención hacia la *Insurgencia*, se han opuesto a ese estudio —indicando que determinados hechos históricos es mejor que permanezcan en el olvido— con acentos trágicos, puramente ideológicos y políticos, impropios de un historiador, como es el caso de Giuseppe Galasso (19). Y si el olvido en que durante tantos años yació la sublevación antijacobina ya es insostenible, no han faltado quienes han intentado desacreditarla mediante la falsedad histórica, como en el caso de la archiconocida escritora izquierdista, antigua diputada del partido comunista, Maria Antonietta Macciocchi (20).

(18) En español, cfr. D. CASTELLANO, "El *Risorgimento*: interpretaciones y problemas", *Verbo*, núm. 313-314, marzo-abril-mayo 1993, págs. 333-341.

(19) Cfr. las respuestas de Galasso sobre la cuestión en *Corriere della Sera*, 29/11/1996 y un comentario crítico en Comunicato dell'ISIN, l'Istituto per la Storia delle Insorgenze, "Perché l'attenzione all'Insurgenza", *Cristianità*, año XXIV, núm. 260, diciembre 1996, pág. 6.

Ya con anterioridad se había opuesto, por innecesario, a todo intento revisionista, por considerar que los movimientos contrarrevolucionarios en Italia estaban suficientemente estudiados, cfr. GIUSEPPE GALASSO, "Un'eroica Vandea italiana non si nega a nessuno", *Corriere della Sera*, 13/9/1995.

(20) MARIA ANTONIETTA MACCIOCCHI, "Altamura. La strage delle innocenti", *Corriere della Sera*, 17/2/1999. Cumplida respuesta en OSCAR SANGUINETTI, "«Altamura. La strage delle innocenti». Un falso storico contro l'Insurgenza italia-

Para la conmemoración de ese bicentenario, aún no concluido, y según su respectiva vocación, se crearon diversas asociaciones como el *Istituto per la Storia delle Insorgenze (I.S.IN.)* (21), el *Comitato Nazionale per le Celebrazioni del Bicentenario delle Insorgenze in Italia (1976-1979)* o el *Comitato Internazionale per le celebrazioni del 200° anniversario delle insorgenze antigiacobine in Italia (1796-1996)*, que organizaron congresos y conferencias por toda Italia; además, otras organizaciones —como *Alleanza Cattolica* o la *Associazione Culturale Identità Europea*—, editoriales —como *Cristianità*, *Il Giglio*, o *Il Cerchio*—, revistas —como *L'Alfiere*, *Cristianità*, *Controrivoluzione* o *Instaurare*— y otras organizaciones culturales, promovieron congresos regionales, seminarios y conferencias por todo el territorio; se publicaron libros y múltiples artículos en revistas —especializadas o no—, y en diferentes periódicos, como las diversas voces dedicadas a la cuestión por el *Istituto per la Dottrina e l'Informazione Sociale* en el "Dizionario del pensiero forte" en el *Secolo d'Italia* (22), desple-

na", *Cristianità*, año XXVII, núm. 287-288, marzo-abril 1999, págs. 11-17. La misma autora ya lo había indicado con anterioridad en sus hagiográficas y apologeticas obras, *Cara Eleonora. Passione e morte della Forseca Pimentel nella rivoluzione napoletana* (1993, Biblioteca Universale Rizzoli, Milán, 1999, 4.ª ed., págs. 324-331) y, más recientemente, *L'amante della Rivoluzione. La vera storia di Luisa Sanfelice e della Repubblica Napoletana del 1799*, Mondadori, Milán, 1998, págs. 204-209). Su interpretación histórica, por otra parte, es conforme a la *vulgata* liberal marxista, especialmente gramsciana, expuesta en su *Pour Gramsci* (Du Seuil, París, 1974; trad. esp. *Gramsci y la revolución de occidente*, Siglo XXI, 4.ª ed., México, 1980, págs. 106-112).

(21) Cfr. sobre su Primer Congreso, OSCAR SANGUINETTI, "1796-1799. Triennio giacobino, insorgenze popolari e dominazione napoleonica in Italia. Dagli albori alla «riscoperta» dell'identità nazionale", *Cristianità*, año XXIV, núm. 254-255, junio-julio 1996, págs. 21-23. Sobre su II Congreso, MARCO INVERNIZI, "A due anni dall'inizio del bicentenario dell'Insorgenza italiana (1796-1799)", *Cristianità*, año XXV, núm. 271-272, noviembre-diciembre 1997, págs. 12-16.

(22) Así, por ejemplo, Marco Respinti, "La controrivoluzione in Tirolo", *Secolo d'Italia*, 3/7/98; GIULIO DANTE GUERRA, "Lucca 1799, l'insorgenza della città-stato" 4/12/98; GIULIANO MIGNINI, "La controrivoluzione dei «Viva Maria»", 18/12/98; LUCA DE PERO, "1797, le Pasque Veronesi antigiacobine", 30/5/97, y las anteriormente recogidas en el volumen del IDIS, *Voci per un Dizionario del pensiero forte*, Cristianità, Piacenza, 1997.

gándose una notable actividad en orden a que esa recuperación histórica pueda llegar al hombre corriente (23).

Las obras que paso a comentar sucintamente, se apartan todas ellas de la historiografía que, salvo muy escasas excepciones y casi siempre reducida a estudios locales y monográficos de escasísima circulación, ha sido predominante, y ponen de relieve la epopeya del pueblo italiano, que en defensa de la religión, de sus tradiciones y de sus soberanos legítimos, se opuso por la fuerza de las armas, en nombre de la realidad, a la utopía revolucionaria. Esta terminó por triunfar, e Italia, como el resto de las naciones que hemos asimilado la modernidad, está padeciendo sus males, pero no se le puede negar que opuso toda la resistencia armada que le fue posible.

Agnoli, magistrado, autor de relatos históricos —como *Gli insorgenti* (24) o *Andreas Hofer eroe cristiano* (25), a la vez ensayo y relato histórico— e historiador, con su *Gufa* ha conseguido una excelente introducción en pocas páginas —tan útil para quien tiene poco tiempo para leer o no tiene dicha afición—; para el conocimiento de la materia. Precedida por un cuadro cronológico bastante detallado, traza la situación histórica, y, seguidamente, delimita los conceptos de revolución y contrarrevolución (págs. 39-45): la primera de naturaleza esencialmente anticristiana y especialmente anticatólica; la segunda consistente en el rechazo del programa revolucionario y, por tanto, defensora de la religión y de la sociedad católica (págs. 39-40). La sublevación, la *Insorgenza*, se define como “la espontánea resistencia armada

(23) Esta actividad, que en el terreno de los estudios de historia no ha podido ser ignorada, me parece que ha motivado —no me atrevo a afirmar que sea en respuesta a ella, pero lo apunto— la dedicación de un número monográfico —con el título de *Le insorgenze popolari nell'Italia rivoluzionaria e napoleonica*— de la revista *Studi Storici. Rivista trimestrale dell'Istituto Gramsci*, año 39, núm. 2, abril-junio 1998, págs. 325-622.

Para una visión crítica, cfr. O. Sanguinetti, “«Studi Storici» sulle insorgenze popolari nell'Italia rivoluzionaria e napoleonica”, *Cristianità*, año XXVI, núm. 282, octubre 1998, págs. 9-19.

(24) Luigi Reverdito Editore, Trento, 1988, 442 págs.

(25) Res editrice, Milán, 2.ª ed., 1984, 97 págs. Prólogo de MARCO TANGHERONI.

de los pueblos italianos en defensa de la fe cristiana y de una sociedad orgánica tradicional transida de catolicismo, contra la invasión de los ejércitos y de las ideas revolucionarias en el periodo de 1796 a 1814" (pág. 40). Señala los errores de una historiografía oficial, especialmente la enseñada en las aulas, empeñada en silenciar el hecho en su dimensión general o en reducirla a episodios aislados, al tiempo que le ha atribuido razones diferentes: el rechazo de la leva militar obligatoria, la reacción frente a los impuestos excesivos y a las requisas sin contrapartida, el sojuzgamiento de la plebe por los curas fanáticos, la lucha de clases entre campesinos y habitantes de la ciudad o entre pueblo bajo y burguesía (pág. 43). Una sintética panorámica de sus protagonistas: jacobinos, clero, población cristiana sublevada y sus jefes; un apunte para explicar las razones de una interpretación historiográfica ideológica y contraria a la verdad histórica y una bibliografía seleccionada y comentada (págs. 93-125), cumplen con creces el propósito del libro.

Invernizzi, en el prólogo, indica que la revolución italiana —el *Risorgimento*—, ya fuera fruto del iluminismo o de la Revolución francesa, o de ambos, en ningún caso fue italiana (pág. 7); y que dada la mentalidad iluminista de los dirigentes de los Estados italianos restaurados, estos ya no se libraron de las consecuencias culturales, ideológicas y jurídicas de las modificaciones institucionales introducidas durante la dominación napoleónica (pág. 8). Aunque con la Restauración todo pareció cambiar, no fue más que apariencia (pág. 12).

La primera obra de Viglione, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Casino, especialista en la Revolución francesa (26), es una obra de conjunto, evocadora y conmemorativa de una epopeya de la que se siente heredero. No se trata de una investigación de archivo, pero resulta útil y consigue el fin perseguido como visión de conjunto que permita captar la amplitud del

(26) Cfr. M. VIGLIONE, *La rivoluzione Francese nella storiografia italiana dal 1790 al 1870*, Roma, 1991.

fenómeno y su significación histórica (pág. 19). Lo enmarca en un fenómeno más general de la historia de la contrarrevolución: se trata de "la Vandea italiana que siguió a la francesa y anticipa la Vandea española, y a la que le siguieron, las guerras antiresurgimentales en Italia, las carlistas en España, la de los cristeros en México, la de los rusos blancos y la de los españoles de hace sesenta años" (pág. 270). Justifica el título de su libro, por el volumen de muertos, que calcula por encima de los 100.000 —sería interesante que estudios modernos dieran cifras definitivas para toda Italia— y por los métodos empleados para el exterminio, lo que posibilita hablar, también de un "genocidio italiano", aunque no fuera tan concentrado en territorio y población como el de La Vendée (pág. 306).

Si la resistencia de la Vendée es emblemática, no le cuadra mal a la sublevación italiana el nombre, que ya le aplicaron los franceses, y cuya comparación con aquella ya fue advertida, al menos hace más de cien años por Créteineau-Joly, al decir de la sublevación en los Estados Pontificios de 1798: "combaten como la Vendée militar. Sucumben como en ella" (27).

Mattei, en su prólogo, indica la exigua minoría jacobina, la reacción armada espontánea y popular en toda la península (pág. 7) contra el significado de la Revolución y rebate algunos argumentos de la historiografía liberal y de la marxista (págs. 9-11).

En *Le Insorgenze*, Viglione plantea la cuestión en el marco más amplio de la antinomia revolución-contrarrevolución y responde a la cuestión crucial de los motivos por los que un suceso general de tales dimensiones ha sido ignorado, adulterado y relativizado (pág. 109). Con concisión, pero de modo suficientemente amplio para apreciar la cuestión, se ocupa de los hechos (págs. 19-57), de su encuadre en la realidad histórica italiana desde el iluminismo al jacobinismo para comprender las causas de la revolución y de la contrarrevolución en Italia (págs. 59-86); de los protagonistas, con el papel del pueblo, del clero —alto y bajo—, la nobleza y la monarquía (págs. 87-109), donde destaca

(27) JACQUES CRÉTEINEAU-JOLY, *L'Église romaine en face de la Révolution*, edición del Cercle de la Renaissance Française, París, tomo I, pág. 226.

la espontaneidad de las sublevaciones. Especial atención merece el capítulo IV dedicado al significado de la *insurgencia* en la historiografía italiana (págs. 111-162), donde delimita el concepto de contrarrevolución (págs. 113-122) para mostrar que en él encaja plenamente la *insurgencia*.

La obra del historiador Sanguinetti reconcilia al lector más reticente con los libros de historia. Se trata de un modelo de investigación exhaustiva con un gran soporte documental, que acude a fuentes inéditas y revisa la utilización de las conocidas. Excelentemente escrito, por mucho tiempo agotará el estudio de conjunto sobre la Lombardía. Una excelente bibliografía constituye un aliciente añadido para su lectura. De su estudio también resulta la popularidad, la espontaneidad, la motivación religiosa y la defensa de las libertades concretas de la sublevación, así como la barbarie de la revolución y el carácter sistemático del saqueo de las tropas napoleónicas.

En una de sus conclusiones se destaca, frente a la Insurgencia y a pesar de su brevedad en Lombardía, la exigua participación popular en la construcción del Estado unitario que permite dudar de la espontaneidad y del consenso de ese proceso. La sublevación lombarda, examinada conjuntamente con el levantamiento de los demás Estados de la península italiana, permite sostener la existencia de la nación italiana a fines del siglo XVIII, con un perfil delimitado, una cultura específica y unos valores específicos cristianos, sin necesidad de una unidad nacional en sentido moderno (pág. 193).

Por su parte, el medievalista Tangheroni, en el prólogo destaca que la reacción y el rechazo de la Revolución francesa no fue por ser antifranceses, sino por que eran antijacobinos, es decir, por oposición a la ideología de la Revolución francesa y por afirmación de sus creencias y modos de vida católicos (pág. 9).

El libro del medievalista Petrucci, también limitado a una zona y a unas fechas muy concretas, es una investigación de primera mano, con fuentes inéditas y revisión de las habitualmente manejadas. En ella aparece la intuición del pueblo de lo que significaba el tratado de paz de Tolentino (19/2/1797) para la Iglesia, con la intención de destituir al Papa. Petrucci contrapone

el concepto de patria que tenían los jacobinos —ideológico— y el que tenía el pueblo italiano como ligazón con la tierra en la que se vive con los demás que la habitan, con sus instituciones y sus leyes (págs. 21-22). La sublevación fue una reacción popular contra el saqueo sistemático y la descristianización, que, como en el resto de Italia, obedecía a razones profundas tanto de rechazo a los principios revolucionarios, incompatibles con la fe que profesaban, como de fidelidad a su soberano.

Tangheroni, por su parte, en el prólogo, señala que el fenómeno de la sublevación armada en toda Italia pone de relieve el carácter nacional de la resistencia popular a la revolución, por ser extraña a sus tradiciones, costumbres, creencias y intereses legítimos, no en el sentido de una unidad estatal inexistente, sino en sentido cultural y de homogeneidad religiosa (págs. 7-8).

Di Giovine traza la historia de la revolución y de la contrarrevolución en el reino de Nápoles en 1799. Comienza con una buena síntesis introductiva (págs. 19-43) que explica la penetración de las nuevas ideas con Filangeri, Giannone y Genovesi, absolutistas y regalistas, la política del impío Tanucci y de la reina María Carolina, la laicización incipiente y la formación de los futuros jacobinos. Describe la obra de los revolucionarios, semejante a la francesa: una minoría iluminada y exaltada, racionalista y opuesta a la historia; la creación de una prensa para cambiar las mentalidades, en las que se conjugan la propaganda con la mentira; el ritual de la plantación de los árboles de la libertad; la imposición del nuevo calendario; la nueva división administrativa territorial; la destrucción de las inscripciones para borrar en el pueblo la memoria del pasado; el terror; el Tribunal revolucionario (págs. 61-78). A continuación un capítulo sobre la contrarrevolución en armas para finalizar con otro sobre la interpretación histórica predominante, ideológica y llena de prejuicios, y, también, justificadora de una concepción vital y de una política determinada. También en Nápoles la contrarrevolución fue espontánea, popular, natural y general en todo el reino (pág. 79).

En su introducción Silvio Vitale (28) destaca la interesada interpretación liberal, la espontaneidad del alzamiento que abarcó todos los estratos sociales y el "martirio del sur" en que consistió el dominio jacobino (págs. 13-15).

En cuanto a los protagonistas de la contrarrevolución, en general pésimamente tratados por la sucesiva historiografía dominante, algunas obras recientes hacen justicia de forma particular a tres figuras sobresalientes: el cardenal Ruffo, el príncipe de Canosa y Hofer.

El cardenal Fabrizio Ruffo (1744-1827), calumniado y maltratado desde un principio por las obras de Cuoco y Colletta, resulta de la biografía de Ruffo un hombre fiel a los principios que profesaba, inteligente y de gran preparación, al servicio del Papa y, posteriormente, de Fernando IV de Nápoles, donde alcanzó su mayor fama al reconquistar el reino de Nápoles levantando y organizando el Ejército de la Santa Fe. Giovanni Ruffo —médico e historiador— rebate en sus obras las falsedades mil veces repetidas, conforme a las cuales su pariente no era sino un hombre ignorante, sanguinario y vengativo. El cardenal Ruffo desempeñó diversos cargos durante el pontificado de Pío VI hasta alcanzar el de ministro, desarrollando diversas mejoras económico-administrativas como la supresión de las barreras arancelarias interiores, una reforma tributaria y una reforma agraria que, por medio de la enfiteusis, permitieran un mayor desarrollo económico y una sensible mejora de las condiciones de los campesinos. Era, pues, un hombre tradicional y reformador, aunque no ilustrado ni conservadorista. Su carácter y las disposiciones de orden administrativo que tomó —para mejorar las condiciones de vida del pueblo— durante su marcha sobre Nápoles conforme liberaba las

(28) En su introducción (págs. V-XVII) a la edición de la obra de 1801 de DOMENICO PETROMASI con el título de *Alla riconquista del Regno. La marcia del Cardinale Ruffo dalle Calabrie a Napoli* (Il Giglio, Nápoles, 1994), SILVIO VITALE, indicó algunas de las razones para el predominio de la interpretación revolucionaria, como fue la prohibición por Fernando IV, tras la restauración, para publicar obras sobre el periodo republicano y la expedición de la Santa Fe, y, verificada la "unificación", fueron los vencedores los que impusieron la censura a los autores borbónicos.

poblaciones, así como su comportamiento con los revolucionarios —firmando con ellos un armisticio— le valió el caer en desgracia con el rey al que le había recuperado el trono.

De Maio —psiquiatra y profesor— efectúa un estudio psicológico del cardenal en el que tampoco aparece como el hombre “sediento de sangre”, sino como un hombre culto y metódico, con los pies en el suelo, atento siempre a la realidad —tanto en sus principios como en sus modificaciones—; un líder carismático —según la tipología weberiana—, que se comportó siempre con clarividencia, humanidad y benevolencia ante las situaciones de “estado de necesidad” que tuvo que afrontar. Lejos del retrato de la historiografía dominante, le califica como “el cardenal social”.

Ruggiero desbarata la leyenda negra construida en torno al Príncipe de Canosa por obra de Colletta (29), continuada por los autores del Risorgimento y destaca su figura como testimonio coherente de una política tradicionalista y contrarrevolucionaria. De esa contrarrevolución en la que se enmarca, como advierte Cantoni en el prólogo, “la unidad que subyace en las diversas expresiones de la Insurgencia (...), que no procede de la unidad del adversario, de la unidad del proceso revolucionario, sino de la unidad del mundo que se defiende y de su cultura”.

Antonio Capece Minutolo, Príncipe de Canosa (1768-1838), fue hombre partidario de la monarquía tradicional, en absoluto absolutista, defensor de las libertades concretas del reino de Nápoles frente al absolutismo ilustrado del monarca, plasmado, especialmente, en su comportamiento en la capital del reino cuando lo abandonó el rey, huyendo a Sicilia. Defendiendo las libertades tradicionales frente al absolutismo real oponiéndose al nombramiento de Francisco Pignatelli como Vicario del rey y rechazando la capitulación ante el ejército francés. Condenado a muerte por la República Napolitana, salva la vida, pero es encarcelado por su Monarca tras su liberación, siendo condenado a

(29) En esta línea de restitución de la verdad histórica se había ocupado del tema SILVIO VITALE, *Il Principe di Canosa e L'Epistola contro Pietro Colletta*, Arturo Berisio Editore, Nápoles, 1969.

cinco años de prisión por su conducta como miembro de la Diputación, pese a haber obrado conforme a las costumbres del reino. Beneficiado por la amnistía exigida por Napoleón, sale de su encierro y, pese a todo, se enrola en el ejército real. Tras la marcha de los franceses fue Ministro de Policía en dos ocasiones, pero su política, así como sus escritos chocaron con los intereses, no sólo de los revolucionarios, sino con los de los conservaduristas absolutistas. Apologeta y polemista, su obra pertenece al pensamiento contrarrevolucionario.

El tirolés Andreas Hofer es una de esas figuras que la historia se encarga de potenciar más aun que la leyenda. Tras la victoria de Austerlitz, el Tirol pasa a Baviera donde Maximiliano ejercería una política como títere de Napoleón. Ante las medidas anticristianas, en la primavera de 1809 y coincidiendo con la guerra entre Austria y Francia, el pueblo del Tirol se subleva. Hofer fue su caudillo más insigne —llegó a ser su comandante supremo—, que derrotó a las tropas francesas, incluso tras la paz entre Austria y Francia. Liberó numerosas ciudades y entró victorioso por tres veces en Innsbruck. Fue capturado el 27 de enero de 1810 tras la delación de un traidor y fusilado el 20 de febrero en Mantua. Adorado por sus paisanos, como indicaban sus proclamas, “combatimos por Dios, la Religión y la Patria”.

El libro colectivo del que brevemente doy cuenta, lo califica de “héroe de la fe”. Finzi lo enmarca en la general y común sublevación de toda Italia, de la que es otro de sus episodios, con sus mismas características principales (págs. 19-21). Apunta como causa del fracaso de la sublevación la falta de jefes preparados —a excepción de un Lahoz o un Ruffo—, que impide la victoria final a un pueblo armado frente a un ejército organizado (pág. 25); rechaza algunas interpretaciones de la historiografía, como la que sostiene que el sentimiento nacional italiano que luego plasmaría en el *Risorgimento*, se formó al amparo de la Revolución francesa (págs. 26-29). Klotz traza una semblanza del comportamiento de Hofer. Morganti se refiere a las raíces y la actualidad del movimiento insurgente, destacando el concepto de identidad como clave de la resistencia: fue una guerra de liberación en rechazo de la estrategia descristianizadora de los jacobini-

nos y en defensa de las instituciones tradicionales (pág. 46), que expresa que existía una identidad espiritual católica y romana capaz de dar sentido a una unidad en la multiplicidad (pág. 53). Von Hartungen explica las razones para la utilización de Hofer como mito nacionalista por los alemanes. Agnoli destaca que fue un auténtico héroe cristiano. Egger sitúa la lucha de Hofer y la del pueblo tirolés como consecuencia de una religiosidad y una catolicidad que defiende su propia identidad frente a la agresión iluminista. Por último, el texto final señala que la lucha contrarrevolucionaria a lo largo y ancho de toda Italia, que continuó contra el *Risorgimento*, constituyó el rechazo de la barbarie impuesta en nombre de la utopía.

El último libro del que doy cuenta no se refiere ya, directamente, a la contrarrevolución y trata de un periodo muy posterior. Sin embargo, pone de relieve que en el Estado unitario la obra de la revolución continuó como herencia jacobina, y en cuanto tal, contraria a lo que significó la *Insorgenza*. Agnoli, principalmente mediante el estudio de la revista *Cronaca Bizantina*, muestra el intento de modificar —es decir, de suprimir— la identidad nacional italiana durante un periodo *post-risorgimentale*, sustituyendo la más profunda identidad del pueblo italiano —la católica—, por una ideología inspirada por la masonería: la del Estado y del pueblo “unificado”. Para ello se adoptaron todo tipo de medidas políticas, jurídicas y culturales. El anticlericalismo era lo prioritario y para ello se desató una violenta campaña de des-cristianización: prohibición de ceremonias religiosas, secuestro de periódicos y condenas a sus redactores, confiscación de bienes eclesíásticos; incluso, anticipadamente, un control de “tipo staliniano” de la instrucción y de la cultura, depurando y destituyendo a los profesores católicos. Todo un ejemplo de aplicación política de la liberal máxima de Cavour de “una Iglesia libre en un Estado libre”, es decir, la libertad del Estado para combatir a su antojo a la Iglesia y al mismo pueblo, “defendiéndolo”, contra su voluntad, del “fanatismo”.

En casi todas las obras de las que hemos dado cuenta se muestra un aspecto importante de la explicación —mejor de la falta de explicación— de la historia en Italia: que buena parte de

los autores que pasan por católicos —en cuanto a su forma de interpretar y presentar la historia—, con frecuencia religiosos ligados a la democracia cristiana, han pasado como sobre ascuas sobre este aspecto fundamental de la historia religiosa y católica de Italia —es decir, de la historia italiana sin más—, prefiriendo guardar silencio sobre los hechos a tener que explicar la razón de que el pueblo católico rechazara la plasmación del pensamiento democrático. ¿Conciencia de que la “ilusión” democrática —o democristiana— es incompatible con la verdad?

La contrarrevolución italiana no se explica más que por el profundo arraigo de la religión católica en la sociedad. Arraigo aún más meritorio si tenemos en cuenta los años anteriores de absolutismo y despotismo ilustrado, de regalismo e iluminismo; de intentos, tanto de descristianización como de implantación de iglesias nacionales, de masonería y de sociedades secretas. Claro que, frente a ello, no dejó de haber una resistencia y una reacción en el plano de las ideas. Sería muy interesante que, a la sombra de ese proyecto de rescate de la memoria histórica de la resistencia armada, se hiciera la historia de esta otra resistencia, aludida por Mattei en su prólogo, aunque se refiere tan sólo a la obra de la *Amicizia Cristiana* (30), luego *Amicizia Cattolica*, de Diessbach y Lanteri, este último bien estudiado por su hermano de orden Paolo Calliari (31).

La recuperación de la memoria histórica de la contrarrevolución italiana no es sólo importante para Italia; lo es, también, para el resto de las naciones.

(30) Cfr. E. CANTERO, “La apologética católica y la formación del pensamiento contrarrevolucionario” (*Verbo*, núm. 207-208, agosto-septiembre-octubre 1982, págs. 893-900), comentario a la obra de ROBERTO DE MATTEI, *Idealità e dottrine delle Amicizie* (Arti Grafiche Pedanesi, Roma, 1981).

(31) Cfr. PAOLO CALLIARI, *Servire la Chiesa. Il venerabile Pto Bruno Lanteri (1759-1830)*, Lanteriana-Krinon, Caltanissetta, 1989, prólogo de Giovanni Cantoni; P. CALLIARI, *Pto Bruno Lanteri (1759-1830) e la Controrivoluzione*, Lanteriana, Turín, 1976; ésta última traducida al francés. Además se ha ocupado de la edición de su correspondencia con un estudio introductorio y bibliográfico, *Carteggio del Venerabile Padre Pto Bruno Lanteri (1759-1830), fondatore della Congregazione degli Oblati di Marta Vergine*, 5 vols., Lanteriana, Turín, 1975-1976.

Lo ocurrido en Italia expresa, puesto en relación con lo sucedido en otros lugares, que la oposición a la ideología revolucionaria, tanto en cuanto ideología como en cuanto revolucionaria, no fue un acontecimiento local, sino general. La *Insorgenza* italiana no fue un conjunto de sublevaciones o levantamientos meramente locales, que se explicarían por motivos particulares propios del lugar en que ocurrieron, sino que posee una dimensión plenamente europea en la cual se enmarca, pues responde a las mismas razones y a las mismas características. Esto es lo que confirma, sin duda alguna, los estudios comentados. Así, en Italia, al igual que allí por donde los ejércitos de Napoleón llevaron la Revolución, las naciones católicas se levantaron por los mismos motivos fundamentales. Que coinciden con los que movieron a los contrarrevolucionarios franceses.

Por ello, en cuanto acontecimiento con dimensión general, europea, lo ocurrido en Italia coadyuva a comprender la propia identidad nacional de las demás naciones europeas que formaron la Cristiandad. Y constituye un testimonio imprescindible —el italiano— para la recuperación de la memoria histórica de Europa —la auténtica, la cristiana, que fue destruida por la nueva Europa de la modernidad—, y para la fundamentación de la identidad europea.

No se trata, pues, sólo de una cuestión meramente histórica; por encima de la curiosidad por el conocimiento del pasado, sobresale su proyección en la actualidad y su operatividad hacia el futuro. Es una cuestión de historia viva y no muerta; un asunto de vigencia permanente; de tradición, en suma, sin la cual todo progreso no podrá ser más que aparente.

ESTANISLAO CANTERO